

nuestro ser al peligro de caer en manos de un Dios tan temible? ¿No vale más la nada que la perspectiva de la eterna condenación que espera á todos los hombres, puesto que son tan pocos los escogidos? ¿No se nos dice todos los días que para un hombre que se hace digno de la felicidad eterna, hay millares que han de condenarse? Y ¿qué es esa felicidad eterna que el cristianismo promete á sus elegidos? No se ha dicho nunca en qué consiste; hay más: es imposible concebirla; para dársela tendría que empezar Dios por cambiar nuestra naturaleza de seres finitos; mientras seamos lo que somos, criaturas, no somos susceptibles de una felicidad infinita ni de una desgracia infinita (1).

De la quimera del cielo y del infierno del cristianismo deducen los incrédulos que es una superstición imaginada por los sacerdotes, como tantas otras, para explotar la credulidad humana. Ninguna les ha sido más provechosa que ésta: "El dogma del infierno ha sido el fundamento del poder de los sacerdotes, la fuente de sus riquezas y la causa permanente de la ceguedad y de los temores en que su interés ha querido educar al género humano. Por este dogma, el sacerdote se convirtió en émulo y señor de los reyes. El monarca temporal se vió obligado á humillarse bajo el yugo del monarca eterno: aquel no dispone más que de los bienes de este mundo perecedero; éste extiende su poder hasta un mundo futuro, más importante para los creyentes que la tierra, en la cual no son más que peregrinos y pasajeros."

¡Si al menos el dogma del infierno fuese, como se pretende, una valla para los malos, si los separase del vicio y del crimen! Lejos de esto, vicia la moral. ¿Qué abuso no hacen los sacerdotes de la vida futura! Prometen el cielo á los buenos, pero encuentran medio de dar también cabida en él á los malos: "Los ministros de la religión dan á los hombres más malos medios de apartar de su cabeza los rayos y alcanzar la felicidad eterna." ¿No es esto excitarlos á que sean peores todavía? Diríase que la superstición se complace en pervertir á los hombres: "El dogma insensato de una vida futura les impide ocuparse de su verdadera felicidad, pensar en perfeccionar sus instituciones, sus

(1) *Cartas á Eugenia*, en FRÉRET, t. I, p. 131-142.—*Sistema de la naturaleza*, t. I, p. 298, nota.

leyes y sus costumbres." Los incrédulos califican de insensato el dogma cristiano; la palabra es dura, pero es verdadera. ¿Qué se diría de unos hombres ocupados exclusivamente en una felicidad imaginaria, y que desatienden por este porvenir que no ha de realizarse nunca, porque es irrealizable, sus intereses actuales y hasta sus deberes? Esto es, sin embargo, lo que hacen los cristianos cuando toman en serio su religión. ¿No es esto una locura? (1).

Como se ve, lo que principalmente choca á los libres pensadores en la moral cristiana es que separa á los hombres de la sociedad para que Dios los ha creado. No quieren ya el cristianismo, porque es una religión del otro mundo, y los hombres destinados á vivir en la tierra necesitan una regla apropiada á su condición. Por su parte los cristianos echan en cara á los incrédulos que no tienen en cuenta lo infinito en la existencia del hombre, y que no consideran más que la vida presente, como si con ella concluyese todo. Hay algo de error, pero hay también parte de verdad tanto en la doctrina de los filósofos como en la creencia de los cristianos. Los filósofos se equivocaban al aprisionar al hombre en este mundo y al rechazar toda religión, como si toda religión separase al hombre de la vida real. Los cristianos se equivocaban al separar la vida actual de la vida futura, como si mediase un abismo entre ambas existencias, siendo así que, en realidad, se confunden, puesto que la una no es más que la continuación de la otra. Bajo este punto de vista, es posible conciliar el cristianismo y la filosofía. La vida presente no pone término á nuestros destinos: esta es la esencia del dogma cristiano; los filósofos la rechazan, porque la religión, dando una falsa idea de la vida futura, falsea también la vida presente. Pero si se admite que la vida futura y la vida presente no son más que fases de una sola y misma existencia, los filósofos no tendrán ya objeción que presentar contra la inmortalidad del alma. En efecto, la religión dejará de ser una religión del otro mundo, la salvación se alcanzará cumpliendo los deberes que Dios nos impone en esta vida; la moral dejará de ser una especulación, porque los hombres no buscarán ya como término de su destino la felicidad, sino el desenvolvimiento de las facultades de que

(1) *Sistema de la naturaleza*, t. I, p. 300-301.

Dios los ha dotado. Esto es el único medio de acabar con la incredulidad y de conservar la religión.

§ V.—Los apologistas de la religión y los libres pensadores.

I

Un celoso protestante que escribía la historia de la incredulidad en la segunda mitad del siglo XVIII dice que los ataques de los incrédulos han producido un gran bien; casi se felicita por ellos. ¿Cuál es ese bien tan grande? Que los defensores de la ortodoxia dieron á luz refutaciones tan sólidas y tan perentorias de la doctrina de los libres pensadores, y demostraron tan cumplidamente su debilidad, que la religión cristiana recibió nueva fuerza y nuevo esplendor (1). ¡Qué ilusión tan poderosa la de los creyentes! La fe transporta las montañas, se dice. Es verdad; pero en sueños. En realidad, las montañas se quedan donde estaban. La positividad ha emitido muy diferente opinión acerca de los escritos de los apologistas. Apenas se digna nombrarlos la historia; sus nombres no son conocidos más que de muy pocos sabios; aun los que siguen siendo cristianos confiesan que ninguno de los defensores del cristianismo tuvo talla para luchar con los incrédulos. Donde hay una gran causa que sostener nunca faltan hombres; si faltaron en el siglo pasado, es porque el cristianismo tradicional estaba en plena decadencia. Los apologistas que entraron en liza contra la incredulidad, lejos de fortificar la fe, destruyeron su autoridad; bastaría con sus apologías para comprender que la causa cuya defensa tomaban á su cargo no podía salir triunfante. Nada más natural. Los libres pensadores atacaban á la religión por medio de la razón. ¿Qué podían hacer los apologistas? Apelar á la razón contra la razón misma. Este medio estaba ya usado y era peligroso. Es obligar á la razón á creer, haciendo ver que por sí sola va á parar al escepticismo. Pero ¿qué importaba esto á los incrédulos? La duda no les asustaba. Menos aún podían los apologistas declarar la guerra á la razón en nombre de la fe: la fe había perdido su crédito, y cuando está desacreditada, es en vano restaurarla.

(1) LESS, *Neueste Geschichte des Unglaubens* (en WALCH, *Neueste Religions-Geschichte*, t. III, p. 375).

Esto prueba que no se defiende una religión por medio de apologistas. Nunca ha faltado la duda en el seno del cristianismo; hasta algunos santos fueron atormentados por ella. ¿Cómo se libraban de ella? Por medio de la fe, porque la fe era todavía la más fuerte. Tenemos un curioso testimonio de esta lucha en una carta de San Francisco de Sales; escribe á madama de Chantal, que tenía algunos escrúpulos: "Las tentaciones de la fe van directamente al entendimiento, para atraerle á disputar, á soñar y á pensar en lo mismo. ¿Sabéis lo que habéis de hacer mientras el enemigo se entretenga en tratar de escalar la inteligencia? Pues convendrá que os deis cincuenta ó sesenta azotes, ó treinta, según la disposición en que os encontréis. Esta receta ha probado muy bien á un alma que yo conozco. Consiste, sin duda, en que el sentimiento exterior distrae el mal interior y provoca la misericordia de Dios. Además de que el malo (el diablo), viendo que se azota á su compañera y aliada la carne, teme y huye." Sobre todo, añade San Francisco, es preciso cuidar de no razonar: "En lugar de disputar con el enemigo por medio de razonamientos, dadle una buena carga:—¡Ah, traidor! ¡ah, desdichado! ¡Tú has abandonado la Iglesia de los ángeles, y quieres que yo deje la de los santos! ¡Desleal, infiel, pérfido, tú presentaste á la primera mujer la fruta de perdición, y ahora quieres que yo también participe de ella! ¡Atrás, Satanás! No, yo no disputaré ni discutiré. ¡Eva quiso disputar y se perdió! Eva fué seducida. ¡Viva Jesús, en quien creo! ¡Viva la Iglesia á cuyas opiniones me someto!" (1).

Hé aquí el lenguaje de la fe; nos hace sonreír, porque nosotros no tenemos ya fe. En el fondo, San Francisco de Sales está en lo cierto, por ridículo que parezca su remedio contra la duda. Los neocatólicos pretenden que su religión no es hostil á la razón. ¡Hipocresía ó ignorancia! La Iglesia quisiera parlamentar con el enemigo, ahora que la fe está ya destruida y que la razón ha quedado victoriosa. ¡Vanos esfuerzos! San Francisco, que tenía fe, que vivía en un siglo en que la fe estaba viva, no guarda estos miramientos. Opinaba que era necesario hacer callar á la razón; la razón y el malo á sus ojos son una misma cosa, y tienen por cómplice á la carne; es preciso hacer ruda guerra

(1) *Carta de San Francisco de Sales*, t. I, p. 335, 336.

á todos esos adversarios de la fe, si queremos salvarnos. El medio era heroico, pero iba dirigido únicamente á los que tenían fe. Á pesar de los azotes, la fe se perdió. ¿Cómo reanimarla? No es posible resucitar á los muertos. En el siglo XVII se recurrió á las apologías. Huet, el sabio obispo de Avranches, escribió su *Demostración evangélica* "para confundir á los que trataban de destruir el nombre de Dios, de Cristo y de la religión". Confiesa en su prefacio que la impiedad aumenta de día en día; ha tomado la pluma para consolidar por medio de la razón la doctrina de Cristo, que muchos desechan *sin motivo ni razón*. Después de esto, el docto apologista reconoce que si falta la gracia de Dios, toda argumentación es inútil para dar la fe (1). Nada más cierto; pero si es así, ¿á qué escribir un *in folio para consolidar la fe por medio de la razón*? ¿Era tal vez por hacer alarde de buen deseo? Este buen deseo, lejos de favorecer á la fe, la perjudica. ¿Por qué la razón es impotente para dar la fe ó para salvarla? Porque la fe es contraria á la razón, y la razón es enemiga natural de la fe. Llamar á la razón en auxilio de la fe es como llamar á Satanás en auxilio de Cristo. El *traidor*, el *pérfido*, como le llama muy bien San Francisco de Sales, razonará tan bien que, si queda un poco de fe, desaparecerá.

Basta leer la *Demostración evangélica* de Huet para convencerse de que este es el efecto que debía producir en los que estaban dispuestos á dudar que es á quienes va destinada. Huet quiere probar el eclipse milagroso del sol á la muerte de Jesucristo: hé aquí efectivamente un testimonio á propósito para impresionar, aunque sea á un incrédulo, si se presentase con prueba suficiente. Pero ¿qué testigos presenta el sabio apologista? Josefo, el historiador judío (2). Desgraciadamente resulta que el pasaje ha sido forjado por el piadoso celo de los cristianos. ¡De modo que se alega una *falsedad* para fundar la revelación! ¡Imprudentes apologistas! ¡Comprometen y pierden la causa que defienden! Pero ¡paz á sus cenizas! No es culpa suya, sino de la causa cuya defensa toman. La religión revelada se funda únicamente en ilusiones, y muchas veces se ha echado mano de la mentira y del

(1) HUET, *Demonstratio evangelica*, p. 5.

(2) HUET, *Demonstratio evangelica*, p. 30, núm. 8; p. 32-39, números 11-18.

fraude para dar crédito á los sueños de la fe. Con un poco de prudencia se tendría cuidado de no tocar á ese frágil edificio, ni aun para apuntalarlo, porque en acercándose demasiado á él, se notan sus defectos.

Esto es lo que sucedió á los lectores del obispo de Avranches. El docto prelado debía tener una fe muy robusta, si ésta ha resistido á su *Demostración*; en todo caso, no aconsejamos su lectura á los que deseen conservar su creencia. Hé aquí una ligera muestra suficiente para nuestro objeto. Uno de los fundamentos de la revelación cristiana son los libros sagrados que Moisés escribió bajo la inspiración del Espíritu Santo. Huet consagra gran parte de su *Demostración* á probar la autenticidad de estos libros. Hé aquí una prueba que había de volverse contra la revelación, puesto que Moisés no es siquiera autor de los libros que se le atribuyen. Bastaría leer la apología del obispo de Avranches para quedar plenamente convencido. Huet era teólogo y sabio en us. ¡Dos grandes cualidades para desatinar! Busca sus autoridades en todas partes, hasta en Homero. ¡El poeta griego invocado en favor de Moisés! ¡Esto es prodigioso! Efectivamente, esto es tan tonto como el milagro de la Saleta. Escuchad. ¡Homero era egipcio! ¿No queréis creerlo? Pase. Al menos creeréis que viajó por Egipto para instruirse en la sabiduría sacerdotal. Porque el divino poeta era un sabio, una especie de doctor por la Sorbona. Iniciado en los templos en la ciencia egipcia, no hay para qué decir que leyó allí los libros de Moisés; en efecto, todo el mundo sabe que los Egipcios eran muy aficionados á la Biblia. ¿Lo dudáis? El obispo os abrumará con *demonstraciones* contra las cuales no hay nada que decir: cita centenares de versos de Homero tomados de la Sagrada Escritura (1). ¡Oh imbecilidad teológica! Cualquiera creería que el docto apologista se está burlando de sus lectores y de la revelación.

II

En el siglo XVII, los apologistas escribían en latín, prueba de que la incredulidad estaba concentrada todavía en el mundo ilustrado. Bien pronto invadió todas las clases de la sociedad. Esto,

(1) HUET, *Demonstratio evangelica*, p. 52, núm. 3.

según los defensores de la religión, es culpa de Voltaire y de Rousseau. Permitásenos dudar de esta culpabilidad. Tenemos á nuestro favor la autoridad de un abate académico que escribió en la primera mitad del siglo XVIII tres volúmenes en 4.º, en un lenguaje adornado y perfumado según todas las reglas del arte académico (1). Rousseau no había publicado un renglón, y Voltaire no había establecido aún en Ferney el cuartel general de la incredulidad, lo cual no impedía la abundancia de incrédulos; abundaban ya antes de que hubieran nacido Voltaire y Rousseau, hasta el punto de que la incredulidad se había hecho de moda, lo cual en Francia es decisivo. Huet intentó en vano convertir á los literatos. El abate Houtteville no fué más afortunado dirigiéndose al vulgo de los lectores.

En su *Prefacio*, el abate se queja de la *indiferencia* que reinaba entre los cristianos acerca de las doctrinas de la religión (2). De suerte que la indiferencia no data del siglo XIX, no es el fruto de la apestada filosofía del siglo XVIII. En nuestros días hemos oído á un sacerdote más elocuente que el abate Houtteville lanzar el mismo grito de angustia. ¿Qué es, pues, lo que corre peligro? Hay en la religión el dogma y la moral. El dogma estaba ya arruinado en el siglo XVII; basta con leer la *Demostración* de Huet para adquirir este convencimiento. ¿Por qué no se creía ya en los misterios? Responderemos con esta otra pregunta: ¿por qué se ha creído en ellos durante siglos, sin necesidad de abates Houtteville para instruir á los fieles? Después de todo, ¿qué importa que el dogma perezca, siempre que se salve la moral? Oímos ya los clamores de la teología contra tan abominable suposición: ¿puede haber una moral sin dogma? Con permiso de los señores teólogos, tan hábiles defensores del cristianismo, en las Actas de los Apóstoles se lee que los primeros discípulos de Jesucristo no se distinguían en nada de los Judíos, que frecuentaban el templo y practicaban la ley de Moisés; únicamente creían que había venido el Mesías, y por Mesías no entendían ciertamente el Hijo de Dios *omoiosios*. No tenían, pues, dogma, según los teólogos: ¿quiere esto decir que no tenían moral? Si nos remontamos más alto, encontrare-

(1) *La religión cristiana probada por los hechos*, por el abate HOUTTEVILLE, de la Academia francesa, 4 vol. en 4.º, París, 1740.

(2) El abate HOUTTEVILLE, *La religión cristiana*, t. I, p. 7.

mos hombres que se llaman Sócrates, Epicteto, Marco Aurelio: no tenían fe; ¿carecían por esto de moral? Si Cristo y sus apóstoles, si los paganos mismos tenían moral sin creer en el pecado original ni en la transustanciación, ¿por qué los cristianos han de creer cosas incomprensibles para ser hombres de bien?

El abate Houtteville nos sale al encuentro, y dice que nuestra doctrina es ese *monstruoso sistema de tolerancia* de que en su tiempo aun no se hacía público alarde, aun cuando se le practicaba: *No se exige de los hombres más que virtudes filosóficas, sin cuidarse de sus creencias* (1). El abate experimenta un santo horror hacia esas virtudes filosóficas que, en nuestra *monstruosa tolerancia*, admiramos en los grandes hombres de la antigüedad; por temor de incurrir en estos *pecados manifiestos*, adoptó una gran resolución, y se lanzó en el vicio, en la crápula. Pero conservó intacta la fe en medio de los lupanares; ¿cómo dudarlo, cuando escribió tres volúmenes en 4.º en defensa de la religión cristiana? El abate tenía todas las virtudes teológicas, ante todo la fe; la caridad no podía faltarle: durante veinte años fué abastecedor de un contratista general á quien suministraba mujeres; para cultivar el amor de Dios, y para no perder la esperanza de los bienes celestes, se hizo adicto del cardenal Dubois, que solía decir que desafiaba á todos los cardenales á que fuesen más ateos que él. En fin, para demostrar públicamente cuán necesaria es la fe para la salvación, escribió su apología y la dedicó al cardenal d'Avvergne, al cual, dice Voltaire, no debían dedicarse más que libros impresos en Sodoma (2). Como se ve, el abate era digno de celebrar los milagros, ese fundamento incontrastable de la revelación. Los hechos que acabamos de recordar eran públicos en el último siglo; todo el mundo los conocía, y aquellos innobles representantes de la crápula se atrevían á tomar la defensa de la religión! Á tal estado había llegado el cristianismo.

III

El abate de Houtteville es contemporáneo de Montesquieu. Antes que el *Espíritu de las leyes*,

(1) El abate HOUTTEVILLE, *La religión cristiana*, t. I, p. 8.

(2) VOLTAIRE, *Examen important de milord Bolingbroke*, c. XIV.—Carta de 28 de Noviembre de 1762, t. II, p. 535.—Carta de Marzo de 1765 á madame du Defland, t. LIII, p. 65.

Montesquieu había escrito las *Cartas persas*; en ellas hablaba de la Iglesia y de la religión en términos que no demuestran una fe muy viva: "El papa, dice, es un gran mago que hace creer al mundo que tres es igual á uno, que el pan que se come no es pan, que el vino que se bebe no es vino, y otras mil cosas por el estilo., No tomaba muy en serio á este antiguo mago, porque añade: "El papa es un idolo antiguo, ante el cual se quemaba incienso por costumbre., (1). ¡Pecados de la juventud! La gracia, sin duda, obró su conversión; en el *Espíritu de las leyes* habla de la religión cristiana con un profundo respeto; ¿qué digo? la adora como una institución divina. Tales son sus palabras en la *Defensa del Espíritu de las leyes*. Montesquieu puede, pues, ser citado entre los apologistas del cristianismo. Si no es necio como los abates y los obispos, es por lo menos tan quimérico como ellos. Hace grandes frases sobre la benéfica influencia de la religión. ¿Quién no conoce aquella famosa frase: "El príncipe que ama la religión y la teme es un león que cede á la mano que le alaga y acaricia?., Felipe II, adúltero y asesino, es el reverso de la medalla: el reverso es la verdad, el anverso es la ficción. Montesquieu llega hasta atribuir al cristianismo la libertad política de que disfrutaban las naciones europeas: ¡y escribía en tiempo de Luis XV! Celebra el derecho de gentes introducido por el cristianismo entre las naciones civilizadas, ¡y había visto el reinado de Luis XIV, del rey cristianísimo que hollaba todos los derechos y todos los deberes!

Montesquieu recibió el castigo de su condescendencia; las gentes de iglesia no tomaron en serio su conversión; estos señores tienen el olfato muy fino cuando se trata de la fe. Así es que el autor del *Espíritu de las leyes* fué calificado de incrédulo, de espinosista, de ateo. Es curioso espectáculo el de un apologista atacado por la Iglesia á quien acaba de defender. El *Espíritu de las leyes* fué puesto en el *Índice*, y los jesuitas se encargaron de dar á conocer á Montesquieu las quejas que la fe tenía contra él. Montesquieu respondió con mayores protestas de veneración á una religión que procede del cielo. No queremos detenernos en las debilidades de un gran genio. Lo que nos interesa principalmente en este curioso debate es la necesidad de los adversarios de Montesquieu, los

(1) MONTESQUIEU, *Cartas persas*, XXIV, XXIX.

defensores oficiales del dogma. La estupidez de los reverendos padres era demasiado notable para no llamar la atención del gran crítico del siglo XVIII. Tomaremos algunos rasgos de una de las más agradables producciones de Voltaire; de este modo indemnizaremos al lector del fastidio que le causen los apologistas mitrados (1).

"Habéis prestado un servicio al género humano, dice Voltaire al autor de las *Novelas eclesiásticas*, desatándoos sabiamente contra unas obras hechas para pervertirlo. Escribís incesantemente contra el *Espíritu de las leyes*, y aun parece, por vuestro estilo, que sois enemigo de toda clase de espíritu... No os entreteneis, señor, en examinar el fondo de la obra sobre las leyes, vais directamente al hecho, y, considerando á M. Montesquieu como discípulo de Pope, miráis á ambos como discípulos de Espinosa. Los acusáis con un celo maravilloso de ser ateos, porque descubris, según decís, en toda su filosofía los principios de la religión natural. Nada es seguramente más caritativo ni más juicioso que deducir que un filósofo no conoce á Dios porque afirma el principio de que Dios habla al corazón de todos los hombres.,

"Un hombre de bien es la obra más noble de Dios, dice el célebre poeta filósofo. Vos confundís esas máximas funestas de que la divinidad es el autor y el vínculo de todos los seres, de que todos los hombres son hermanos, que debe haber tolerancia para sus ideas así como para sus defectos. Proseguid, señor, aplastad ese espantoso libertinaje que es la ruina de la sociedad. Aunque os haya faltado la gracia para ser chistoso, sin embargo, tenéis el mérito de haber hecho todos los esfuerzos imaginables para escribir invectivas agradables... Todo esto es muy edificante, pero aun no basta. Vuestro celo no ha hecho más que la mitad de la obra si no conseguís hacer quemar los libros de Pope, de Locke, de Bayle, el *Espíritu de las leyes*, en un montón al cual prenderéis fuego con un paquete de *Novelas eclesiásticas*. En efecto, ¡qué espantosos males han producido ese malvado de Pope, ese abominable Bayle, ese bribón de Locke y otros incendiarios de la misma especie! Verdad es que estos hombres han hecho una vida pura é inocente, pero por esto mismo son peligrosos. Ya veis cómo sus sectarios, con las armas en la mano, per-

(1) Agradecimiento sincero á un hombre caritativo (Obras, tomo XII).

turban los reinos y llevan á todas partes la tea de las guerras civiles. La filosofía produjo la noche de San Bartolomé; vuestro sarto celo derrama por todas partes la dulzura y la concordia.,

"Vos nos enseñáis que todos los partidarios de la religión natural son enemigos de la religión cristiana. ¡Verdaderamente, señor, en esto habéis hecho un gran descubrimiento! Por consiguiente, cuando yo vea un hombre sabio que, en su filosofía, reconoce en todas partes al Ser Supremo, que admira la Providencia en la producción de los mundos y en la de los insectos, deduciré inmediatamente que es imposible que este hombre sea cristiano. Vos nos advertís que debemos hoy pensar así de todos los filósofos. No podía ciertamente decirse nada más sensato ni más útil para el cristianismo que afirmar que nuestra religión es despreciada en toda Europa por todos aquellos cuya profesión es buscar la verdad.,

¡Hé aquí los apologistas pintados del natural y destruyendo la religión cuya defensa se proponen! Hay otra enseñanza más en este debate entre un gran escritor y oscuros libelistas. Montesquieu hizo evidentemente la corte á la Iglesia y á la religión dominante; exageró la influencia que el cristianismo ha ejercido sobre la civilización moderna. Los ortodoxos no le agradecieron en manera alguna esta indulgencia; le atacaron lo mismo que á Voltaire. Esto consiste en que el autor del *Espíritu de las leyes* había predicado la tolerancia, y, por consiguiente, era sospechoso; más aún: quedaba convicto de ser un libre pensador, y se le trató como tal, á pesar de sus protestas. ¡Sirva de lección á los filósofos del siglo XIX! Los hay que han querido contemporizar con el enemigo, respetando mucho la teología, llevando cirios en las procesiones. A pesar de su talento, son indignos del nombre de filósofos; su diplomacia, por otra parte, no les sirve de nada. La Iglesia no admite su sumisión á medias; el que no está con ella está contra ella. ¿A qué conduce, en definitiva, esta bajeza? A realzar el poder de la Iglesia y á humillar la razón. Preferimos la brutal franqueza de los incrédulos; al menos tenían el valor de decir lo que pensaban.

IV

El materialismo fué una fortuna para los apologistas. Sostuvieron que todos aquellos que se apar-

tasen en lo más mínimo de la fe ortodoxa tenían que ir á parar al ateísmo. Los ateos descubren á los deístas, dice el abate Bergier. "Mientras los adversarios de la religión cristiana se han limitado á predicar el deísmo, podían parecer formidables; seguía viéndose un Dios, una religión, una base para los deberes de la sociedad. Pero sustituyendo el deísmo con el materialismo, la vibora se ha mordido á sí misma, y se ha descubierto que el propósito era destruir hasta la raíz de los fundamentos de la moral y de la virtud., (1).

Bergier se formaba muy falsa idea de la filosofía que combatía. Los ateos, lejos de ser los discípulos de los deístas, fueron los hijos espúreos del siglo XVIII; Voltaire renegó de ellos, Rousseau los condenó. Su ateísmo no era tampoco la negación pura y simple de Dios: en unos era la negación del Dios de los cristianos, de un Dios bárbaro é injusto, de un Dios intolerante y perseguidor; en otros, era el panteísmo. Su moral no era la inmoralidad; aunque su filosofía fuese falsa, los principios prácticos que deducían de ella eran verdaderos, más aún que los del cristianismo: no les faltaba á aquellos incrédulos para ser creyentes sino una noción más exacta de la divinidad y del destino humano. Los ortodoxos que los atacaban no conocían á Dios mejor que ellos. Por consiguiente, todo el trabajo de los apologistas debía ser estéril. Para convertir á los incrédulos; para hacerles sentir la necesidad de la religión, hubiera sido menester empezar por depurar las creencias religiosas. Este es el trabajo que tiene lugar en el siglo XIX; pero se realiza fuera de la Iglesia y á pesar de ella. En el siglo pasado, los apologistas no encontraban más que maldiciones contra los impíos. El salmista, dice Bergier, ha trazado su retrato: "Se ha congregado una nación que hierve en filósofos; un pueblo de razonadores se ha conjurado contra el Señor y contra Cristo. Rompamos, dicen, los vínculos que tienen cautiva nuestra razón; sacudamos el yugo de la religión que nos importuna. El que reside en el cielo se ríe de sus vanos proyectos, los cubrirá de confusión y les hablará como señor irritado; el soplo de su cólera turbará sus sentimientos y sus ideas., (2).

¡Siempre la misma torpeza y la misma cegue-

(1) BERGIER, *Tratado de la religión cristiana*, t. I, p. 87.

(2) BERGIER, *Tratado de la religión cristiana*, t. I, p. 90.